

pero será una guerra sorda, latente, que estallará de nuevo y de nuevo hasta que sucumban los Hohenzollern ó Inglaterra. El estigma de asesinos que un modesto Jurado inglés ha impreso sobre la frente del emperador y de los soberanos alemanes impone á Inglaterra mayores obligaciones morales que el mismo Tratado de Bélgica y la inteligencia con Francia.

26 de Mayo de 1915.

## INGLATERRA, ALEMANIA Y LA GUERRA DE CUBA

---

No sabemos cómo D. Melquiades Alvarez, de hábersele tolerado el enmudeciente Sr. Dato, hubiera defendido á la mísera Inglaterra de los formidables mandobles oratorios del Sr. Vázquez de Mella. Probablemente hubiera demostrado — y lo demostrará cuando el Gobierno archive la mordaza — que Inglaterra no ha sido tan pérfida con España como nuestros germanófilos se afanan por convencernos. He ahí un plano que ha de repugnar á todo hombre de recto sentido de la justicia: el de los sentimientos preteritos para juzgar de acciones presentes. Sin embargo, los germanófilos españoles parecen incapaces de juzgar esta guerra por sí misma, sin saquear la historia para descubrir que Inglaterra y Francia nos dieron un pisotón ó nos miraron con malos ojos hace tantos años ó siglos, lo cual es motivo suficiente para que ahora los odiamos y rindamos todos nuestros entusiasmos y admiraciones á Alemania. A ese terreno

hay que ir, pues, aun sabiendo que no está ahí la última base donde ha de asentar su definitivo fallo moral el mundo civilizado.

Séanos lícito, por tanto, transcribir aquí una página que seguramente hubiera formado un buen apéndice del discurso de D. Melquiades Alvarez. Hace algún tiempo, al publicarse «Pangermanismo» (biblioteca Corona), del norteamericano Usher, varios anglófilos españoles se asieron teznamente á algunas de sus páginas, donde se pretendía demostrar que cuando la guerra de Cuba estuvo Inglaterra contra España y Alemania con nosotros. Digo que se pretendía, porque Usher no alegaba la prueba de ningún documento ni de ningún otro género.

Pero esta afirmación no sólo era poco atendible por la falta de pruebas, sino que contradecía una creencia bastante difundida en España; á saber: que antes de intervenir los Estados Unidos en Cuba, Inglaterra hizo cuanto pudo por evitarlo. No queriendo imitar á los de la banda opuesta, los anglófilos españoles se abstuvieron entonces de sacar á luz esta opinión por no haber hallado las pruebas que buscaban. Mas estos días, leyendo un libro alemán, he tenido la fortuna de tropezar con dos páginas que ponen absolutamente en claro este problema, sin dejar lugar á dudas, de qué lado del mar de Norte estaban las simpatías por España.

El libro es «Deutschlands auswärtige Politik», y su autor, el conde de Reventlow. Nadie considerará

sospechoso á este autor. Como saben todos los que hayan seguido las campañas de la Prensa alemana durante la guerra, Reventlow—antiguo marino—es uno de los escritores alemanes que más han influido sobre la opinión pública. De un periódico agonizante, como era la «Deutsche Tageszeitung», hizo con sus artículos uno de los más leídos de Alemania, y recientemente el Gobierno tuvo que suspenderle por un trabajo de Reventlow, íntimo amigo del ministro de Marina, Tirpitz, y vocero de su política. Dicho sea de paso, esta suspensión de un periódico que virtualmente era el órgano del ministro de Marina, indica que las relaciones entre éste y el canciller, Bethmann Hollweg, distan mucho de la cordialidad.

Pero volvamos al libro de Reventlow. En las páginas 208, 209 y 210 se habla de las relaciones de Inglaterra y Alemania con España y los Estados Unidos cuando la guerra entre estos dos países. No se sabe por qué, los norteamericanos supusieron que los alemanes se habían opuesto á la intervención de los Estados Unidos en Cuba. Esta creencia produjo en el Norte de América cierta animadversión contra Alemania. Para desvanecerla, emprendió en 1902 el príncipe Enrique de Prusia un viaje por la República norteamericana. Unos días antes de su partida, el representante diplomático de los Estados Unidos en Berlín hizo unas declaraciones sensacionales. Copiemos textualmente á Reventlow:

«El excelente embajador americano en Berlín,

Mr. White, se aprovechó una vez más de la ocasión, como años antes, para asegurar con toda energía que la neutralidad alemana durante la guerra hispano-americana había sido innegable, y no sólo correcta, sino amistosa.» A continuación, transcribe Reventlow las palabras exactas de White, que son estas: «Se ha demostrado irrefutablemente que el admirado y por todos amado señor de este país (el emperador de Alemania) se negó con toda decisión á dar ningún paso que pudiera interpretarse como una intromisión en el conflicto, y que él expresó su negativa en una forma que no daba lugar á duda de que respetaba los motivos y comprendía los sentimientos del Gobierno americano.»

Sigue Reventlow por su cuenta:

«Esta última frase del embajador determinó una revelación diplomática sensacional en el «Deutsche Reichsanzeiger», poco antes de la marcha del príncipe Enrique de Alemania. Decía el órgano oficial que se había discutido diversamente en el Parlamento inglés cómo se había conducido durante la guerra hispanoamericana cada una de las potencias. Para aclarar este asunto, se publicaron allí los dos documentos oficiales. Uno de ellos era un despacho del embajador alemán, von Holleben, en Washington, en la primavera de 1898. En él se decía que el embajador inglés de allí había tomado, de un modo sorprendente, la iniciativa de un paso colectivo de las potencias, por consecuencia, á lo que se presumía, de un ruego

de la reina regente de España á la reina de Inglaterra. El embajador inglés incitó al Cuerpo diplomático á una notificación que debía declarar que las potencias no consideraban justa una intervención armada de los Estados Unidos en la isla de Cuba. El mismo presidente de los Estados Unidos había dicho en su Mensaje que él sólo quería la intervención armada si el mundo civilizado era partidario de ella. Según el embajador británico, había que declarar ahora al presidente en Washington, y precisamente en forma de una nota colectiva, que el mundo civilizado estaba en contra de la intervención; esto es, que no aprobaba la agresión á España. El embajador alemán escribía al final de su informe telegráfico: «Personalmente, yo me mantengo bastante frío frente á una tal notificación.» El canciller del imperio aprobó este juicio con su firma. Pero el emperador alemán había escrito al margen esta observación: «Considero la notificación completamente equivocada, sin finalidad, y, por tanto, perjudicial. ¡Yo estoy contra este paso!»

Y termina Reventlow con este episodio, diciendo:

«Estaba claro que este tardío descubrimiento de las cartas por medio del «Deutsche Reichsanzeiger» tenía que producir alguna incomodidad en la Gran Bretaña. Por otra parte, se comprendía y justificaba que el Gobierno alemán, justamente en el momento de la partida del príncipe Enrique, se aprovechara de la oportunidad para destruir la leyenda, creída en ge-

neral en los Estados Unidos, de los propósitos alemanes de una intervención.»

Puede ser que Alemania tuviese entonces razón, y que Inglaterra no la tuviese. Aquí sólo cuenta el afecto. Ahora se ve que la afirmación de Usher es un resabio de esa leyenda de que habla Reventlow, y que, por lo visto, el Gobierno alemán no pudo destruir por completo. Nuestros anglóforos, muy dados á las leyendas, se han abrazado á esta de la simpatía de Alemania y de la hostilidad de Inglaterra por España cuando la guerra de Cuba.

La verdad histórica, más que el propósito de utilizar estas armas del pasado contra Alemania, cuando son tan grandes é inexcusables sus culpas presentes, nos han inducido á traducir esas sugestivas páginas de Reventlow.

5 de Julio de 1915.

## DOS ORGANIZACIONES

---

La guerra ha sido como un haz de rayos X que ha puesto al descubierto la naturaleza más íntima de cada uno de los beligerantes. Rusia es el bueno y poderoso gigante que lucha á brazo partido y á pie, invencible por su fuerza, y al mismo tiempo impotente por su falta de instrumentos mecánicos. Alemania es la mecanización de un pueblo que lucha más allá de toda moral y todo derecho por la hegemonía del mundo. Bélgica, el espíritu eterno é inmortal del sacrificio. Francia, la gracia suprema, invencible en su aparente debilidad física; Carpentier, su boxeador adolescente, podría ser su símbolo nacional. Italia encarna el espíritu de libertad territorial y de libertad política; Italia es Mazzini luchando contra el despotismo, es Cavour luchando contra el invasor austriaco, es Garibaldi luchando dondequiera que la libertad le llama, espontánea y fieramente, sin detenerse á pensar si el enemigo de hoy fué amigo circunstancial de ayer, ó si el amigo de hoy será enemigo de mañana; Italia se dispone á coronar la gran

epopeya de su resurgimiento. Austria es la domadora secular de extrañas nacionalidades, que ha cogido una vez más el látigo. ¿Inglaterra? Es la gran democracia desconcertante, no sólo para los que la desconocen en absoluto, sino para muchos que creen conocerla; es la complejidad democrática incomprensible para todo espíritu antidemocrático. El problema de Inglaterra, como nación y como imperio, es el más profundo y sugestivo de todos los suscitados por la guerra. Puesto que es inagotable, séanos lícito volver á él una vez más.

Hace poco, el alemán Schroer, profesor de Literatura y Lengua inglesa en Colonia, publicaba en la «Gaceta de Colonia» un artículo titulado «La magia inglesa». Enumeraba nuestro profesor los atropellos y crímenes cometidos por Inglaterra en Irlanda, en Escocia, en la India, en el Norte de América, en el Sur de África.

Lógicamente, estos países y otros muchos, no menos vejados y explotados, debieron haber aprovechado la ocasión para emanciparse los unos, y para manifestar su odio á la antigua opresora los otros. En vez de ello, en vez de combatir contra Inglaterra, los unos luchan á su lado, y en vez de odiarla los otros la estimulan con sus cordiales simpatías y la ayudan con sus pingües recursos. Los alemanes no se explican esto, y muchos que no lo son por nacionalidad, aunque sí por miopía política, tampoco. El profesor Schroer no tiene para explicar esto más que un con-

cepto: magia; esto es, subversión de todas las leyes naturales. Como remedio, propone, para después de la guerra, que Alemania ponga de manifiesto ante el mundo entero el sencillo y legítimo encanto del carácter alemán. Sólo falta que este profesor escriba un tratado de urbanidad internacional para uso de los alemanes.

Aduzcamos más ejemplos de magia. Se había dicho que Inglaterra era un pueblo en extrema decadencia. Estaba carcomido por el lujo y la fiebre de los deportes. Pero he ahí que la guerra estalla, y las clases aristocráticas, con un último resplandor de su histórica función directiva, son las primeras en alistarse, y alistarse en un ejército voluntario del cual se decía también que no llegaría á contar con más de unos miles de soldados; hoy pasan de tres millones los hombres inscriptos, y si fuera menester podría duplicarse la cifra.

En cuanto á la eficacia del ejército inglés, se habían hecho tristes presagios. Unos soldados que no saben mas que jugar á la pelota con el pie ó á caballo, ¿qué proezas pueden alcanzar en el campo de batalla? Pero, precisamente, esa condición deportista es la que presta al soldado inglés una gran superioridad militar. Para él, la guerra consiste en un juego, peligroso, si se quiere; pero siempre un juego en que el sentimiento dominante es vencer al enemigo y no el propio temor á la muerte; de ahí la serenidad y, á veces, la temeridad del soldado británico. Como en

el juego, no concibe tampoco en la guerra la huida ni la ofuscación; la contingencia de la muerte queda relegada á segundo término; en la zona motora de su conciencia no hay más idea que la del triunfo. Esta serenidad de los ingleses la reconocen los mismos alemanes á diario.

Si pasamos al mundo de la política interna, la magia se hace más patente que en ningún otro terreno. En otros países, apenas comienza el régimen marcial, queda sofocada la conciencia civil, los políticos aceptan melancólicamente el silencio y la Prensa se revuelve impotente contra la mordaza de la censura. Inglaterra, al contrario, viola estas tradicionales costumbres de la guerra, y en los momentos más críticos es cuando los políticos hablan más y con más dureza, y cuando la Prensa desencadena una tempestad sobre el Gobierno, provocando una crisis, que es como cambiar de caballo en el punto más impetuoso de la corriente. Y cuando todo el mundo cree que cada uno de estos sistemas anuncia el hundimiento repentino de Inglaterra, ésta surge de cada crisis más compacta, más pujante que nunca.

Ahora se está dando otro caso de magia. Inglaterra, se nos dice, es un país irreflexivo y desorganizado (se dice esto de una nación que ha creado el mayor, más complejo y sólido imperio del mundo, la industria más grande y más perfecta y la Marina más poderosa); pero ahora va ganando en reflexión, ahora

se dispone, por fin, á organizarse. Todos estos hechos desconciertan, asombran, llevan la desesperación á los amigos y enemigos de Inglaterra. Parecen fenómenos mágicos que no pueden explicarse conforme á las leyes del pensamiento. Y, sin embargo, la explicación es bastante sencilla. Los pueblos pueden organizarse según dos tipos: el autocrático ó el democrático. Tipo de organización autocrática es Alemania. Ha necesitado años de paciente esfuerzo. El espíritu de los Hohenzollern—el espíritu de Prusia—tuvo que sobreponerse primero al espíritu levantisco de la Alemania revolucionaria del 48, y después al espíritu pacífico de la burguesía y clase obrera alemanas.

El pueblo alemán, justo es decirlo, se resistió á la política colonial, á ser una potencia marítima y á los aumentos del ejército. Los gobernantes le impusieron estos cambios por la fuerza unas veces, y otras, por la astucia, magnificando pequeños incidentes internacionales.

Poco á poco, el pueblo alemán se fué sugestionando con la gigantesca máquina militar, á cuya creación se había opuesto por creerla innecesaria y peligrosa; una vez creada, se acostumbró á creerla muy útil y necesaria; últimamente se consideró él mismo la máquina de su propia máquina militar, como parte mecánica suya, y tan pronto como un dedo misterioso la puso en marcha, el pueblo alemán fué tras ella sin preguntarse por qué ni adónde. En esto consiste la organización autocrática: en mecani-

zar á un pueblo bajo la dirección indestructible de un hombre ó de un grupo reducidísimo de hombres.

Tipo de organización democrática es Inglaterra. El factor constante de la organización autocrática es la guerra; el de la organización democrática, el liberalismo. Inglaterra ha cometido actos de fuerza; pero ha sido lo accidental, lo transitorio; su acción permanente, dentro y fuera de sus islas, ha sido la liberal.

Si Inglaterra hubiera sido un imperio autocrático á base de fuerza, se hubieran cumplido las esperanzas de los alemanes: sus colonias en tan favorable coyuntura se hubieran desligado de la Metrópoli. Siendo un imperio liberal sostenido por la idea de libertad, las colonias se han apretado más que nunca á la Metrópoli, se han sentido más libres uniéndose más, en vez de separarse.

Dentro de la nación, la organización democrática tiene también su carácter peculiar. Una autocracia rara vez se organiza como no sea para agredir al vecino; una democracia no se organiza nunca sino para defenderse del vecino.

Por eso, Inglaterra era fuerte por mar, su frontera, y débil por tierra. La democracia inglesa no pudo tolerar dentro de su territorio un gran ejército porque era innecesario para su defensa y porque, en cambio, hubiera sido un peligro para los pueblos del Continente y para sus propias libertades. Pero llega el momento de crear un gran ejército, é Inglaterra, con su poderosa agilidad democrática, lo crea y se orga-

niza en unos meses con tanta eficacia como la autocracia enemiga en muchos años. El juego fecundo de la libertad transforma de la noche á la mañana una nación puramente comercial en otra altamente militarizada. Pasará la guerra, y contra lo que algunos militaristas ingleses quieren, Inglaterra depondrá su fuerza armada, lo pasajero en su historia, y volverá á vivir sobre la inerme idea de libertad. Y otra vez los eternos ciegos comenzarán de nuevo á hablar de su decadencia y de su desorganización.

16 Julio 1915.

## EL MANSO CORDERO GERMANICO

---

De igual suerte que hay médicos que con la mejor voluntad matan á un hombre en plena salud y abogados defensores que empujan al patíbulo á un justo, hay también germanófilos que están estragando la causa de Alemania; á algunos de estos germanófilos debiera pagar espléndidamente el Gobierno alemán, si tuviera instinto de conservación, para que no abriesen la boca ni moviesen la pluma en favor de Alemania mientras dure la guerra. Uno de estos germanófilos, á nuestro juicio, es el Sr. Benavente. ¿No causa cierta repugnancia tener que disentir públicamente del celebrado dramaturgo español?

Y en esta repugnancia, no entra, dicho sea con honradez, el miedo á la impopularidad que acarrea consigo el no estar de acuerdo con hombre tan popular. Cuando alguien se atreve á levantar su voz

contra un hombre que, justa ó injustamente, goza de algún prestigio, el vulgo atribuye esta actitud á envidia ó á deseo de notoriedad, ó á ambas cosas juntas. Nuestros escrúpulos se parecen á los que un hombre justo debe sentir al tener que censurar por un desliz á una mujer que toda la vida observó una discreta virtud. Pero no hay manera en este caso de eludir esta obligación, no ya sólo porque los que escriben para el público tienen el deber de evitar que se le engañe impunemente, sino en interés de la propia Alemania. No hay paradoja. Los alemanes tienen una filosofía para justificar sus actos. Es la filosofía de la fuerza, que forma como una rama del hegelianismo, y que resolviendo toda dualidad, toma caracteres precisos en hombres como Treitschke, y expresión brutal en hombres como Bernhardt. El mismo canciller alemán, al sobreponer la necesidad militar á la santidad de los Tratados, hizo profesión de fe de esta filosofía. Y Harden, el desenfadado director de la revista «Zukunft», ridiculizó al comienzo de la guerra á los que en la propia Alemania querían presentar este país como un cordero inofensivo. Según esta filosofía, es inútil que alguien diga á una nación: «Representas la fuerza bruta», pues responderá: «¡Naturalmente! Como que es el resorte de la Historia y la causa del engrandecimiento de los pueblos.» Inútil también que se la reproche: «¡Eres imperialista!», pues replicará: «¡Naturalmente! Como que nuestra misión es salvar de la corrupción á los pueblos, conquistán-

dolos.» Como se ve, es una filosofía invulnerable, como lo son todas las filosofías.

Se la puede rechazar dogmáticamente, ó destruirla violentamente, aplicando su propia filosofía á los pueblos que la profesan, mediante el uso de una fuerza mayor, la cual les prestará siempre el consuelo de no haberse equivocado en lo filosófico, aunque sí en lo estratégico; pero no hay modo de anularla lógicamente, racionalmente. Por esto nos parece, con toda seriedad, que el Sr. Benavente pone en ridículo á Alemania al escribir estas palabras en «El Imparcial» del lunes: «Y si de militarismo hablamos, durante el pasado siglo y lo que va de este, ¿qué nación nos ha aturcido más con sus empresas guerreras, imperialistas y coloniales? ¿Ha sido Alemania? Aparte la guerra del 70 con Francia, á la que fué provocada por el imperio francés, imperio militarista por excelencia, ¿en qué otras funciones guerreras ha intervenido Alemania? ¿Qué conquistas, qué imposiciones han sido las suyas? Su colonización ha sido comercial y pacífica; no ha perturbado pueblos decadentes, como Francia ha perturbado Marruecos; sus ejércitos no han paseado del Tonkin á Casablanca, y sus alianzas y su actitud han sido siempre defensivas...»

Ello es como hablar de la mansedumbre del león. Sólo conociendo la laboriosidad del Sr. Benavente como escritor de comedias, podemos explicarnos que ande tan ayuno de historia general del siglo XIX y comienzos del XX. ¡El pacifismo de Alemania! Ex-

cluyendo por insignificantes para la historia general de Europa la guerra de Crimea y las guerras de la unidad italiana, ¿quién, si no Alemania, fué la primera en destruir la larga paz europea que reinaba desde la época napoleónica? ¿No tiene noticia el Sr. Benavente de la guerra de Prusia contra Dinamarca en 1868 para arrebatarle Schleswig Holstein? ¿No tiene noticia de la guerra de Prusia contra Austria en 1866 para expulsarla de la Confederación alemana? El señor Benavente sólo quiere recordar la guerra franco-prusiana del 70; pero ignora, ó finge ignorar, que aquella guerra no hubiera estallado sin la deliberada voluntad de Bismarck. Y esto no lo digo sólo yo, sino el mismo Bismarck. Abra el Sr. Benavente el tomo segundo de los «Gedanken und erinerungen» (Pensamientos y recuerdos) del Canciller de Hierro, y lea de la página 84 á la 93. Allí hallará la historia de la falsificación del telegrama de Ems por Bismarck para provocar con pleno propósito una guerra con Francia. Vale la pena de resumir este ejemplo de brutalidad y cinismo sin precedentes fuera de la historia de Prusia. Francia se había opuesto á la designación de un príncipe, Hohenzollern, para el trono vacante de España. Con razón no quería ser un «sandwich» del prusianismo. Cordialmente debemos los españoles agradecer á Francia su oposición. El príncipe prusiano mismo, ante este veto del Gobierno francés, renunció á su candidatura.

Pero Francia quería más: que el rey Guillermo de

Prusia, autorizara á Benedetti, embajador francés en Alemania, para telegrafiar á su Gobierno que jamás el monarca prusiano aprobaría la candidatura de un Hohenzollern al trono de España si volvía á presentarse. El rey Guillermo no quiso comprometerse á eso, pero quedó en ver á Benedetti tan pronto como recibiese de su embajador confirmación de la renuncia del príncipe. Sin embargo, por temor á que el embajador francés persistiese en arrancarle el compromiso de no aprobar nunca más esa candidatura, decidió no recibirle, y encargó á un ayudante que le dijera cómo había llegado confirmación de la renuncia del príncipe, y que no tenía nada más que comunicarle. Todo esto se lo telegrafió á Bismarck, por encargo del rey, el secretario de éste, Abeken, el 13 de Julio de 1870, y le autorizaba á publicar un extracto. Al recibir este telegrama, estaba comiendo Bismarck con Moltke y el ministro de la Guerra, Roon. Los tres querían una guerra. Los dos últimos por la guerra misma; Bismarck lo explica en las páginas mencionadas: necesitaba una guerra nacional para borrar las diferencias dinásticas, raciales y de costumbres entre los diversos Estados alemanes: para dar remate y firmeza á la unidad alemana. También entonces era la guerra «una necesidad» (palabra suya). Mientras comían, Bismarck falsificó el telegrama, quitando palabras y dejando sólo aquéllas que daban la impresión de un grave desaire para el embajador francés. El telegrama modificado terminaba

así: «Su majestad el rey ha rehusado por eso recibir al embajador francés una vez más, y le ha hecho decir al mismo, por intermedio del ayudante de servicio, que su majestad nada más tiene que comunicar al embajador.»

Y comenta Bismarck:

«La diferencia entre el efecto del texto abreviado del despacho de Ems y el que hubiera producido el original, no era resultado de palabras más duras, sino de la forma, que hacía aparecer esta declaración como concluyente, mientras que la redactada por Abeken hubiera aparecido solamente como un fragmento de una negociación en suspenso que había de continuarse en Berlín.» Esto es, Bismarck convirtió un incidente sin importancia en una ruptura diplomática. A Moltke y Roon les pareció de perlas la falsificación. Y Bismarck, dirigiéndose á ellos, les aclaró: «Si yo comunico este texto, que no contiene alteraciones ni adiciones, no sólo á los periódicos, sino telegráficamente á nuestros embajadores, antes de media noche será conocido en París, y allí le hará al toro galo la impresión de un paño rojo, por la manera de difundirlo, no menos que por su contenido. Tenemos que pegar si no queremos aceptar el papel de pegados sin lucha. Pero el éxito depende esencialmente de las impresiones que produzcan el origen de la guerra entre nosotros y sobre los demás; es importante que nosotros seamos los agredidos, y ya harán que así sea la excitación y la arrogancia galas si

anunciamos, de acuerdo con la opinión pública europea, siempre que ello nos sea posible sin la bocina del Reichstag, que afrontáramos sin miedo las amenazas públicas de Francia.»

Ese era Bismarck: una síntesis de máxima brutalidad y de supremo talento político.

Como ve el Sr. Benavente, no era el cordero que amenazaba despedazar el «toro galo». Los sucesores de Bismarck han heredado su brutalidad sin su talento. No han sabido manejar el trapo rojo (este lenguaje taurino bismarckiano parece escrito pensando en la conquista sentimental de los españoles), ni aparecer ante la opinión pública del mundo como los agredidos. Las crisis de Marruecos y Agadir, síntomas ya de la presente guerra, las provocó Alemania. Las Conferencias de La Haya á nada condujeron, porque Alemania no quería una inteligencia con nadie ni más ley que la espada. Los armamentos no han podido reducirse porque Alemania quería la hegemonía del mundo. Todo es legítimo cuando no se reconoce otro principio que la fuerza. Lo ridículo y ofensivo para Alemania es que se quiera representar el último medio siglo de su historia como un ejemplode dulzura y mansedumbre. Más que una evidente inexactitud histórica, eso es un ultraje para una nación creada por hombres como Bismarck y Moltke.

Lo más extraño en el caso del Sr. Benavente no es que se haya olvidado de la Historia, sino que su

talento de dramaturgo, de creador de almas, le sirva tan poco para comprender la naturaleza íntima de los actores de esta gran tragedia. Se explica que no penetre en el alma de los que él juzga traidores; pero sorprende que se equivoque igualmente en cuanto á los que él tiene por héroes.

28 de Julio de 1916.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO